Edicion 001
2026

Somos La Salle

LA SALLE

ECOLASALLISTA

El Cerro de Anagüí

Voces que escriben, ideas que Tranforman



Revicita Digital del Colegio La Salle Cartagena

EDITORIAL

Detrás de Cada página

Un espacio para la voz estudiantil



Andreina Vizcaíno Zapata

Jefe de Departamento de Lengua Castellanas

Toda revista comienza mucho antes de la primera palabra escrita. Nace en la mirada que descubre una historia, en la sensibilidad que reconoce una voz y en la convicción de que cada experiencia merece un lugar donde permanecer.

Cada una de las secciones de "ECOLASALLISTA: El Cerro de Anagüí" fue concebida como un territorio para el encuentro. "Letras del Cerro abrió sus páginas a la imaginación; "Opinión Juvenil" convirtió el pensamiento crítico en diálogo; ECOLASALLISTA recordó nuestro compromiso con la casa común; "Talento Creativo" celebró el arte como lenguaje; "Historias que Inspiran" dio rostro a quienes transforman desde el ejemplo; "Zona Cultural" acercó la literatura, la música y el arte; "Humor y Entretenimiento nos enseñó que aprender también puede hacerse entre críticas; "Ciencia y Curiosidades" despertó el asombro por el conocimiento, y "Voz Lasallista" reafirmó la identidad que compartimos como comunidad.

Construir esta primera edición ha sido mucho más que coordinar textos o seleccionar contenidos. Ha significado escuchar, acompañar, leer entre líneas y descubrir que, cuando la escuela ofrece un espacio auténtico para la palabra, los estudiantes no solo escriben: se narran, se cuestionan y comienzan a transformar la realidad desde aquello que son.

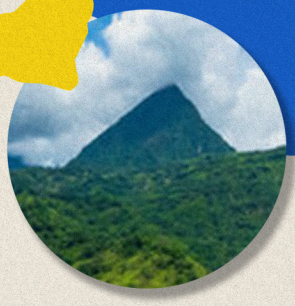
Ojalá estas páginas no sean únicamente el registro de una experiencia escolar, sino la evidencia de que la educación florece cuando una comunidad decide creer en el inmenso poder de la palabra.



"la cultura de un pueblo se mide por la capacidad de escuchar y hacer visibles todas sus voces. Paolo Freire. . .

Letras del Cerro

Categoria A- Micro Cuento



Pequeña Lila y su grande bola de nieve

Había una vez una hormiguita, muy pequeñita que se llamaba Lila, y vivía en el bosque. A Lila le gustaba ayudar a los demás, pero por ser tan pequeñita no le ponían mucha atención y la ignoraban cuando ella quería decir algo. Todos los días salía a recoger frutas para su casita en donde vivía su familia hormiga, y cuando iba por el bosque saludaba a todos, pero muchos ni la veían.

Un día estaba cayendo nieve y aunque en su casa tenia comida, ella quiso salir a coger aire y saludar a los demás. De repente Grisito, el gran elefante Gris se tropezó con un tronco y se atoró en un pantano. El intentaba salir, pero no podía porque estaba muy pesado y pedía ayuda y gritaba, y gritaba y vio a Osito pasar comiéndose una miel que saco de un panal y no lo escucho. También vió a Tigris comiéndose un pececito y como estaba tan entretenido tampoco lo escucho.

Pero Lila que estaba jugando con nieve arriba en la montaña si lo escucho y al ver a Grisito que no podía pararse en ese pantano, ella empezó a hacer una bola de nieve y luego la tiro por la montaña y se fue haciendo grande, grande mientras rodaba y cuando llego a donde el, lo empujo tan duro que lo logró sacar de ese pantano.

Grisito muy agradecido, se dió cuenta que a veces no importa lo grande o pequeño que seas, sino las ganas que tienes de ayudar a los demás y muy contento cada vez que veía a Lila en las mañanas, la saludaba con un gran abrazo y de ahí en adelante todos querían mucho a la pequeña hormiguita.

Lucero del Mar Jiménez Acuña - 2 Grado



Letras del Cerro

Categoria C- Cuento Corto

La última luz del Pasillo

A las seis de la tarde, el colegio ya no parecía el mismo.
En la mañana, los salones estaban llenos de voces, risas y pasos apurados. Pero a esa hora, cuando todos se iban, los pasillos quedaban vacíos, largos, como si guardaran secretos.
Martina se había quedado después de clase terminando un trabajo de ciencias. Siempre quería entregar todo perfecto. Su mamá le decía que a veces se exigía demasiado, pero ella solo respondía:
—Es que no quiero fallar.
Cuando guardó sus cuadernos, escuchó un sonido al fondo del pasillo.
Tac.
Se quedó quieta.
Tac. Tac.
Parecía que alguien golpeaba la pared con la punta de los dedos.
—¿Hola? —preguntó, intentando no sonar asustada.
Nadie respondió.
Martina miró hacia el corredor. Todas las luces estaban apagadas, excepto una: la última, justo frente al salón de artes. Parpadeaba lentamente.
Martina sintió que el corazón le golpeaba duro, como si quisiera salirse. Recordó todas esas historias que contaban los estudiantes: columpios moviéndose sin razón, voces y pasos cuando no había nadie, una niña que había visto una sombra junto a los baños, y esa sensación extraña de que, en medio de la oscuridad, parecía haber algo.
Quiso llamar al vigilante, pero su celular no tenía señal.
Entonces caminó despacio, apretando la mochila contra el pecho.
Debajo de la luz vio una figura pequeña, sentada en el piso. Parecía un niño con la cabeza agachada.
—¿Estás bien? —preguntó.
No hubo respuesta.
Martina avanzó unos pasos más. Pero cuando estuvo cerca, se dio cuenta de que no era un niño.
Era una mochila vieja, azul, cubierta de polvo.
Soltó el aire, nerviosa. Iba a marcharse, cuando la mochila se abrió sola.
De adentro cayó un cuaderno.
Martina retrocedió, pero algo la obligó a mirar. En la primera página había una frase escrita con letra temblorosa:
"Yo también me quedé solo."
Pasó las hojas con cuidado. Había frases cortas, tristes, escondidas entre dibujos.
"Hoy nadie me habló."
"Dije que estaba bien, pero no era cierto."
"Quise pedir ayuda, pero pensé que se iban a burlar."
Martina sintió un nudo en la garganta. Entre las páginas encontró una foto. Era Daniel, un estudiante callado que casi nadie notaba. Siempre se sentaba al final del salón y almorzaba solo.
Entonces escuchó una voz detrás de ella:
—No todos los fantasmas están muertos.
Martina se giró de golpe.
Daniel estaba junto a la puerta del salón de artes. Tenía los ojos rojos y la mirada cansada.
—Perdón —dijo—. Solo vine por mi cuaderno.
Martina no supo que decir. Sintió vergüenza, no por haber tenido miedo, sino porque nunca lo había mirado de verdad.
—A veces me siento como un fantasma —dijo Daniel—. Estoy aquí, pero nadie se da cuenta.
Esa frase le dolió más que cualquier susto.
Martina cerró el cuaderno y se lo entregó. Justo después, lo invitó a sentarse con ella y sus amigos mañana si le gustaba la idea.
Daniel la miró en silencio. Por un momento, pareció que iba a sonreír, pero solo bajó la cabeza y respondió:
—Ojalá me lo hubieras dicho antes.
La luz del pasillo parpadeó una última vez.
Cuando Martina pestañeó, Daniel ya no estaba.
Al día siguiente, preguntó por él. Nadie en el salón supo darle una respuesta clara. Algunos dijeron que se había cambiado de colegio. Otros, que hacía semanas no iba a clases. La profesora solo guardó silencio y miró hacia la ventana.
Desde entonces, Martina entendió que hay ausencias que empiezan mucho antes de que una persona se vaya.
A veces, el verdadero miedo no está en los pasillos oscuros ni en las luces que parpadean.
A veces, el verdadero miedo es darnos cuenta demasiado tarde de que alguien se sentía solo frente a nosotros.
Y desde aquel día, cada vez que la última luz del pasillo parpadeaba, Martina no corría.
Se detenía a mirar.

Sofía Reales Barrera 11 - B Grado



No todos los fantasmas están muertos

Letras del Cerro

Categoria C- Cuento Corto

Donde viven los sueños

Todos los días veo llegar a la misma persona. Hay días en los que parece más ligera que el viento y otros en los que carga el mundo sobre los hombros. No puedo leer sus pensamientos, pero no hace falta hacerlo para saber que guarda grandes sueños que aún no se atreve a compartir.

Esa persona es Maya. Maya, por lo que me ha contado, es una adolescente de 16 años que cursa grado 11. Y no les miento, es un poco despreocupada de todo. Solo piensa en sus amigos, en la moda y en pasarla bien. Muchos le preguntan qué piensa estudiar o qué hará con su vida en el futuro, y ella siempre responde, muy tranquila, que aún no lo sabe y que después verá qué hacer.

Sin embargo, esa no es toda la verdad. En realidad, Maya tiene grandes sueños y metas que no se atreve a contar por miedo a ser juzgada. Sueña con irse del país para estudiar gastronomía y algún día abrir su propia cadena de restaurantes. Pero no es capaz de hablar de ello con su familia, pues proviene de una familia de doctores de ideas muy tradicionales, que probablemente no aceptarían que su hija quisiera convertirse en chef y, además, marcharse del país.

Para Maya, ese es un gran secreto. De hecho, nunca se lo ha contado a nadie. Solo a mí. Todos los días deja conmigo aquello que no se atreve a decir en voz alta: sus dudas, sus miedos y también la ilusión de alcanzar ese sueño. Y eso me hace sentir especial, porque sé que, aunque se muestra como una chica muy sociable, en realidad le cuesta mucho hablar de lo que siente.

Un día, como de costumbre, esperé a Maya. Creí que volvería para confiarme todo aquello que llevaba dentro. Pero nunca llegó. Pasaron los días, las semanas y quizá hasta los meses. Comencé a pensar que me había olvidado y que ya no volvería a confiar en mí.

Hasta que un día regresó.

Cuando volvió a encontrarme, recordó todo aquello que había dejado conmigo. Me contó que durante todo ese tiempo no había podido hallarme y que, con mi desaparición, también habían quedado perdidos los sueños que solo se atrevía a compartir conmigo.

En ese momento faltaba apenas una semana para su graduación, y fue así como gracias a nuestro reencuentro recordó quién quería ser realmente y comprendió que ya no podía seguir ocultándolo. Y decidió que ese mismo día hablaría con su familia. Tal vez no estarían de acuerdo, pero estaba dispuesta a luchar por sus sueños y construir el futuro que siempre había imaginado.

Y así, Maya me cerró por última vez.

Después de todo, ese siempre fue mi propósito: ser el diario donde Maya decidió escribir los sueños que aún no se atrevía a decir en voz alta.

Emily Fajardo Garcés 11 - B Grado



Mi historia está dirigida a jóvenes que no saben que harán con su futuro, y el miedo a ser juzgado

Letras del Cerro

Categoria C- Poesía

Ciclo De Amistad

"No estás solo en esto"

Se fueron lentamente, como el humo
que abandona la lámpara encendida;
uno a uno dejaron mis jardines
cubiertos por el polvo de la huida.

Algunos prometieron permanecer
cuando la noche fuera más sombría;
pero el tiempo, implacable peregrino,
desnudó la verdad que no veía.

Quedaron las conversaciones rotas,
las risas apagadas y vacías,
las calles donde un día compartimos
la juvenil embriaguez de la alegría.

Y dolió comprender que muchas almas
solo son pasajeros de la vida;
aves que hacen un nido entre tus manos
y al primer viento buscan otra cima.

Hubo tardes de amarga soledad,
de sentirme extranjero entre sonrisas,
como un árbol antiguo en el invierno
sosteniendo sus ramas doloridas.

Pero el abandono tiene un fuego oculto
que endurece la sangre y purifica;
el corazón aprende, entre cenizas,
a levantarse solo de la herida.

Entonces descubrí que no era débil
por quedarme a escuchar mis propias ruinas;
que también en el fondo del silencio
nacen fuerzas calladas y profundas.

Hoy miro aquellos rostros que partieron
sin odio, sin rencor y sin fatiga;
fueron sombras cruzando mi destino,
fueron lluvia fugaz sobre la arcilla.

Porque, aunque me dejaron sus vacíos
y noches de tristeza endurecida,
gracias a tantas puertas que cerraron
mi carácter encontró su roca viva.

Y ya no temo al frío de las ausencias
ni al eco de las voces extinguidas;
aprendí que quien sobrevive solo
lleva dentro una lámpara encendida.

Luna Maria Jiménez Acuña
10 - B Grado



Opinión Juvenil

LA IMPORTANCIA DE LA SALUD MENTAL EN LA ESCUELA

Lo aprobé en una calificación básica… y aun así quería llorar

"¿Y por qué estás triste si te fue bien?"

Esa pregunta parece inofensiva. Pero a veces duele más de lo que imaginamos.

Vivimos en una época donde los jóvenes tenemos que ser buenos en todo. Sacar buenas notas, tener amigos, vernos bien, sonreír en las fotos, participar en clase, decidir nuestro futuro y, además, aparentar que nada nos afecta. Como si sentirnos cansados, ansiosos o tristes fuera una especie de fracaso personal.

La verdad es que muchos estudiantes llegan al colegio cargando mochilas mucho más pesadas que los cuadernos. Algunos llevan problemas familiares. Otras inseguridades que nadie conoce. Algunos luchan contra la ansiedad en silencio. Y muchos sonríen para que nadie les pregunte si están bien.

Lo más preocupante es que nos hemos acostumbrado a eso.

Nos acostumbramos a escuchar "estoy agotado" como si fuera normal. A ver compañeros llorando en los baños. A sentir culpa cuando descansamos. A creer que nuestro valor depende de una calificación en una entrega de notas…

Y no, no debería ser normal.

La escuela nos enseña a resolver ecuaciones, a analizar textos y a memorizar fechas importantes. Pero muy pocas veces nos enseñan qué hacer cuando sentimos que todo nos supera. Nadie nos explica cómo manejar la ansiedad antes de un examen, cómo enfrentar el miedo al fracaso o cómo pedir ayuda sin sentir vergüenza.

Y entonces crecemos creyendo que debemos resolverlo todo solos.

Las redes sociales tampoco ayudan demasiado. Abrimos una aplicación y parece que todo el mundo tiene la vida perfecta. Todos son felices. Todos son exitosos. Todos son más bonitos, más inteligentes o más interesantes que nosotros. Pero detrás de muchas de esas pantallas también hay personas sintiéndose insuficientes. Porque la comparación se ha convertido en una de las enfermedades silenciosas de nuestra generación.

A veces pienso que la salud mental es como una herida invisible.

Si alguien llega al colegio con un brazo roto, todos lo notan. Le preguntan qué pasó. Le ayudan a cargar sus cosas.

Pero cuando alguien llega roto por dentro, muchas veces nadie se da cuenta.

Y eso es triste.

Porque no siempre necesitamos consejos. A veces solo necesitamos que alguien escuche. Que un profesor pregunte cómo estamos y realmente espere la respuesta. Que nuestros amigos entiendan que decir "estoy mal" no es llamar la atención. Que hablar de emociones deje de ser un tema incómodo.

Por eso creo que la salud mental debería ser una prioridad en las escuelas. No como una charla cada seis meses ni como un afiche pegado en una pared. Debería estar presente todos los días. En la forma en que nos enseñan, en cómo nos escuchan y en cómo construimos nuestras relaciones.

Porque ningún estudiante debería sentir que vale menos por necesitar ayuda.

Y porque un colegio no debería ser solamente un lugar donde aprendemos fórmulas y conceptos. También debería ser un lugar donde aprendemos a vivir.

Tal vez el verdadero éxito no sea sacar siempre la mejor nota.

Tal vez el verdadero éxito sea poder llegar a casa, mirarnos al espejo y saber que estamos bien.

O, al menos, saber que no tenemos que fingir que lo estamos.

Porque cuidar la salud mental y tener inteligencia emocional, no nos hace débiles.

Nos hace humanos.

Luna Maria Jiménez Acuña 10 - B Grado

Cuidar de la mente tambien es aprender...

La Salle Siembre, en Todas Partes

Somos La Salle

Educación - Fraternidad - Servicio

¡Gracia Por ser Parte de esta historia!

Cartagena Colombia